

BOGETOS DE VIAJE

T U C U M A N

PODRÍA comenzarse, poéticamente, así:
*Envuelta te ví en la bruma,
así te ví, Tucumán.
Se perdía entre sus velos
un copioso naranjal...*

Al despertar el tren cruzaba un mar neblinoso que cortaba toda perspectiva. Sólo se veían las hileras más cercanas de las plantaciones características de caña de azúcar y naranjas. Si sobre el horizonte existía un Aconquiya es cosa que no se pudo comprobar...

Parecía nevegábamos por una nube color lila, una nube en la cual estaban incrustados las vías, los postes del telégrafo, el verde abundante de todos los productos botánicos.

A veces nos hundíamos más en la nube y surgía adelante de la ventanilla un paredón terroso cubierto de matas pobladísimas. A veces nos levantábamos y atisbábamos hacia arriba, con la ilusión de ver el invisible cielo.

Más cañas de melena larga y cortajeada en crenchas. Más naranjales con esferitas que se adormecían en las partículas acuosas. Más cañas, más naranjos, más cañas... Todo un mar de futuro almíbar.

Cuando reaccionamos ya entrábamos en la ciudad capital de la provincia. Enseguida de la estación, una plaza. En la plaza, una nota de color: borriquitos pardos con canastos rojizos que contenían... ¡naranjas!

Tranvías de trole ancho levantando los cables... Paz de ciudad de tierra adentro pero con movimiento vital.

La Casa Histórica. Zaguán amplio. Patio. Habitaciones encuadrándolo. Una sala larga y ancha empapada de *ayer*. Suelo rojizo y gastado. Unos cuadros alineados sobre sus paredes. Mesa y sillones. Sobre esos ladrillos, dentro de esos muros, en torno a esos muebles, nos independizamos como ente civil colectivo, como país, como Patria.

Se cierra el cuadro también poéticamente:

*Romance de aquella casa
que en el Tucumán hicieron...
Sus ladrillos tienen gloria
y tienen gloria sus techos...*

S A L T A

Salta se sintetiza así: el Cristo del Milagro, Güemes, una ciudad colonial, ponchos rojos y largos, gauchos de ancho sombrero y caballos con guardamontes; rastros de España acriollados; cantito al hablar...

La prolongación de los rieles entre selva subtropical y sobre ríos de cauce seco y pedregoso — ríos del deshielo, sin agua ahora —, nos acercó, al tranco de la máquina, a la otra capital.

El paisaje intermedio tiene cerros azulados, verdosos, grises, rojizos, sembrados de árboles, arbustos, cardones; cardones aquí y allá, formando esas estampas características de zona norteña y cercana a la puna. Sus troncos son quenás anchas y erizadas que desprenden brazos a derecha y a izquierda.

Arriba de los cerros más altos vetas blanquiscas: nieve, nieve aun lejana. Como techo, cielo.

De cuando en cuando un pueblo. Gente de rasgos aindiados que vende empanadas... (Unas empanadas sabrosas, sí; pero picantes. ¡Ay, el picante salteño, inolvidable!). Seres de andar cadencioso y lento, sin apuro, envueltos en cascadas de lana color bermellón.

En Rosario de la Frontera nos besó el sol, hasta entonces jugando a las escondidas. ¡Qué gloria la de los cerros llenos de luz! En Metán nos topamos con el tren internacional: por las ventanillas asomaban rostros morenos de pómulos salidos; en los ojos brillo negro manso. Unos chiquillos con gorritos prolongados en orejeras, esos gorritos clásicos, llenos de dibujos, productos de hábiles manos de collas.

Y llegamos a Salta.

Vive — que no duerme —, entre elevaciones de tierra. Al pozo formado entre las mismas se llamó Valle de Lerma, y Hernando de Lerma, quien cedió su nombre al valle, la fundó.

Bonita, simpática, dulce, tranquila: así es. El Cabildo enfrenta la Catedral. Entre medio, una plaza. Varias iglesias con imágenes de cientos de años. Una, la de San Francisco, tiene una alta torre. La chica que puede llegar a la punta, se casa...

El habla que se usa es cantarina y cariñosa, sembrada de diminutivos. El léxico varía un tanto del que emplea el bonaerense.

Es otro mundo, más tradicional, más nuestro, menos cosmopolita, menos egoísta y más hospitalario...

Laura Moreiras